

brado por pequeños cultivadores, "lo que [muestra, por otra parte], la naturaleza esencialmente democrática del cultivador santandereano" (pág. 139). Tal aseveración debió haber sido explicada más.

Para la historia social y económica, lo más valioso del libro se encuentra en el último capítulo, donde Johnson establece una cuidadosa comparación entre San Gil y Cúcuta, basada en los registros notariales (págs. 245 a 265). Se descubren aspectos sobre las propiedades, las familias dirigentes, la presencia de los extranjeros, las firmas comerciales, cuya consulta es indispensable para cualquier estudio futuro sobre la región. Se debe mencionar que el autor expone sus métodos y las limitaciones de su información, lo que permite al lector apreciar en su verdadero alcance la novedad de los datos presentados.

No cabe la menor duda acerca de la trascendencia del experimento liberal en Santander. Sin embargo, nos parece que Johnson la exagera un poco. Santander sólo fue uno de los varios "conejiillos de Indias" (pág. 26) para probar las ideas liberales del *laissez-faire*. Otras regiones, como Ambalema, con la supresión del estanco del tabaco, realizaron experimentos no menos importantes. Así que de ninguna manera resulta justo afirmar que "si funcionaba en Santander, funcionaría en todo el país" (pág. 25), porque algunos ensayos análogos fueron simultáneos, cuando no anteriores.

Para el lector santandereano es muy grato oír "hasta qué grado Santander y sus políticos dominaron a Colombia desde la Convención de Rionegro hasta la Regeneración de Rafael Núñez" (pág. 27). No obstante, esto no se ajusta a la realidad. Distinguidos santandereanos participaron en el gobierno nacional durante este período, pero no menos ilustres fueron los representantes de otras regiones, empezando con el general Tomás Cipriano de Mosquera. Tampoco es claro que Manuel Murillo Toro, por haber sido el primer presidente del estado de Santander, haya necesariamente acogido las in-

quietudes de esa región cuando asumió la presidencia de la república, pues, además de haber nacido en el Tolima, tuvo una formación santafereña.

Este libro se habría enriquecido si el autor hubiera usado las publicaciones de otros investigadores nacionales que en los últimos años han hecho notables contribuciones. Se cita a Marco Palacios en la bibliografía, pero no se incorpora su material al hablar del café. Desde 1979 José Antonio Ocampo viene publicando estudios estadísticos del comercio exterior que han culminado en su obra *Colombia y la economía mundial, 1830-1910*, en la que aporta nuevas cifras, tanto para productos individuales como para volúmenes totales, que obligan a una revisión profunda y radical de todo lo que se ha publicado hasta ahora sobre comercio exterior colombiano durante el siglo XIX.

En conclusión, Johnson se ha destacado con un trabajo muy valioso que será de consulta indispensable para cualquiera interesado en los temas económicos, sociales y políticos de esa región entre Boyacá y la frontera venezolana. Es de esperarse que otros historiadores hagan estudios con el mismo rigor para la primera mitad del siglo XIX y para el período de la Regeneración. Finalmente, merece felicitaciones Margarita de Lleras por su excelente traducción de un texto muy exigente.

RENÉ DE LA PEDRAJA TOMÁN

## El ojo de los franceses

### Recuerdos de la Nueva Granada

*Pierre d'Espagnat*  
Ediciones Incunables, Bogotá, 1983,  
317 págs.

### Viaje y estancia en la Nueva Granada

*Augusto Le Moyne*  
Ediciones Incunables, Bogotá, 1985,  
243 págs.

### Viaje a la Nueva Granada

*Charles Saffray*  
Ediciones Incunables, Bogotá, 1984,  
352 págs.

En el siglo XIX, los libros de viajes llenaban una función vital, que ha ido desapareciendo poco a poco, hasta extinguirse casi completamente en nuestra época de cine y televisión. Por ese entonces, centenares de extranjeros describieron a Colombia: habían venido como mineros, funcionarios diplomáticos, profesores contratados por el gobierno; algunos simplemente como viajeros, que regresaban y escribían sus relatos e impresiones para las revistas especializadas, los *National Geographic* de la época: *La Tour du Monde*, sobre todo, de donde eran traducidos y publicados en revistas españolas.

Augusto Le Moyne vino al país a finales de 1828 y aquí permaneció hasta 1839. Era el secretario de la legación de Francia y fue encargado de negocios. Continuó su carrera diplomática en otros países americanos y, ya retirado y anciano, escribió y publicó, en 1880, un libro de viajes por varios países, del cual se extrajo la parte sobre Colombia, que la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana editó, en 1945.

La larga estada le permite dominar el tema; sus comentarios muestran un conocimiento maduro y reposado del país. Le Moyne narra, como se hizo ritual, la llegada a Santa Marta y el largo y desesperante viaje por el Magdalena: casi dos meses de ascenso, en un champán impulsado por doce bogas negros, la convivencia con los cuales hostiga al francés.

Las obscenidades de los negros, el paisaje tropical, la novedad de la comida, los pueblos bucólicos y adormecidos, los caimanes, las tormentas, las borracheras de los bogas, las amenazas de un cura cuando no se arrodillan en una procesión, un negro que toca un violín en una playa perdida del Magdalena, el ajiaco, golpean la sensibilidad del joven diplomático. Después de relatar el remonte del río, Bogotá retiene su atención. La descripción de la ciudad es prolija, detallada, perceptiva: habla de las construcciones, los vestidos, las comidas (empezaba a conocerse el pan francés), los espectáculos, las fiestas religiosas, los bailes,



los carnavales, esa "saturnal de tres días" que precedía a la cuaresma, las costumbres de la población. Lo sorprenden las bogotanas: las encuentra alegres, ingeniosas, inteligentes pero incultas; tienen, según él, "una excesiva libertad de expresión" en las conversaciones, que acaba encontrando preferible a la gazmoñería europea. También le llama la atención la frecuencia de relaciones extramatrimoniales en la clase media, el elevado número de hijos ilegítimos criados en la familia legal, así como que las señoras fumen tabaco. En todos estos aspectos, sin duda, triunfó luego una actitud más restrictiva. Le aterra la ineficiencia y la parcialidad de la justicia, lo mismo que el reclutamiento.

Completa el libro el inevitable viaje al salto de Tequendama y unas breves páginas sobre Cartagena, de las que vale la pena recordar su impresión sobre la actividad de la gente bien: "las personas de la alta clase social, en Cartagena lo mismo que en Santa Marta, permanecen en su casa durante la mayor parte del día meciéndose en la hamaca".

Le Moyne escribió probablemente apoyado por un diario de viaje: sus recuerdos son confiables y sus prejuicios modestos. Un curioso error ha hecho carrera: al subir por primera vez a Bogotá, el juez político de Guaduas lo atiende muy bien, y otra vez lo visita en 1839: es "el mismo viejo verde de siempre". Dice que era el coronel Joaquín Acosta. Pero esto es imposible, pues Acosta andaba entonces por París. Se trataba probablemente de un hermano medio, don José María, cuyo retrato hizo luego Edward Mark.

Poco sabemos de Charles Saffray. Llegó a Santa Marta en 1861 e hizo, después de una breve visita a Cartagena, el consabido ascenso del Magdalena, pero sólo hasta Nare: iba a Antioquia, donde permaneció la mayor parte del año largo que estuvo en Colombia. Médico, muestra gran interés por las virtudes curativas de las plantas nativas. Utiliza el "cedrón" para curar las picaduras de serpientes venenosas: "todas las personas a quienes yo administré la medi-

cina se salvaron, y la convalecencia fue relativamente corta". Pasa un buen tiempo en Río Verde, cerca de Frontino, entre los indios, y logra obtener la confianza del curandero o hechicero, quien le enseña todo lo relativo a las plantas y productos usados, sin temor a que pudiera emplear ese saber, pues no quiso transmitirle "los signos cabalísticos y las palabras inspiradas sin las cuales, en su concepto, no podían curar las plantas". Trato de encontrar las causas del carate, pero pese a varias autopsias no logró avanzar; descubrió, sin embargo, que podía curarlo con mercurio. Muestra su sentido clínico y su espíritu investigativo en varias ocasiones. En Santa Marta el amplio comercio de hojas de coca atrae su atención, procesa un extracto de ellas y aísla un alcaloide "en forma de cristales de agujas". En Caldas advierte que la sal de Burila tiene efectos sobre el coto, y termina convencido de que se debe a su alto contenido de yodo.

Las descripciones de costumbres son ágiles y agudas. Los antioqueños, en su opinión, sólo atienden al dinero, y en Medellín no hay vida social de ninguna clase: "ni bailes, ni conciertos, ni teatros, ni crónica". Las mujeres, incultas, son, sin embargo, insuperables como esposas y madres. La descripción de los antioqueños bordea lo que será luego el lugar común: "son laboriosos, inteligentes y sobrios. El amor a la propiedad está muy desarrollado en ellos: cada cual quiere tener un rincón de tierra suyo, y casi todos lo consiguen". Orgullosos de su región y exagerados, un modesto puente sobre el río Medellín les parece una de las maravillas del mundo.

De Antioquia sigue al Cauca, en medio de la revolución de Mosquera. En Manizales, aunque está prohibido transitar sin pasaporte, usa en varias ocasiones el mejor de todos: sobornar a los guardias. En el valle del Cauca encuentra una población más alegre y sociable que los antioqueños. Y en la guerra, se horroriza con los "voluntarios", conducidos en fila y con las manos atadas; y describe las "rabonas": las mujeres que acom-

pañan a los soldados y les preparan su comida. Encuentra una heroína feminista que todavía espera su reivindicación (aún no ha sido "recuperada", como se dice ahora): Dolores, alistada en la guerra, que "había ganado ya por su bravura el grado de sargento, y figuraba en la lista con su nombre femenino".

La guerra lo envuelve. Sirve de médico en las tropas de Julio Arboleda, lo que nos indica que estuvo por allí en la primera mitad de 1862. No logra seguir hacia el sur y decide volverse a Bogotá, ciudad que describe muy superficialmente. En esa "nueva Atenas [¿es está la primera utilización de la conocida comparación?] la inmensa mayoría no sabe nada o apenas sabe alguna cosa [...] y todo está por hacer en cuanto a la educación elemental y clásica y a la enseñanza de las artes liberales". Vuelve a Cali y el gobernador le roba sus colecciones científicas y tiene que pagar un rescate de seis mil pesos para que lo suelten, por haber ayudado a los conservadores. Por último va a Nóvita y a Quibdó, y para finales del año está en Panamá.

Publicado en Francia en 1869-70, pronto se editó en español. En 1948 la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana realizó la primera edición en nuestro país, sin las ilustraciones que acompañaban las anteriores. Sorprende en Saffrey la sobriedad casi periodística: a pesar de que sólo permaneció aquí poco más de un año, no suele caer en estereotipos muy ingenuos, y cuando lo hace, probablemente refleja más que sus prejuicios los de los informantes locales.

El tercer viajero es Pierre d'Espagnat, quien parece haber venido en 1898-99 con el encargo especial de escribir un libro de viajes.

Es el más literario de todos y el más lleno de prejuicios. De su estilo es buen ejemplo el texto siguiente: "El vigor, la hermosa libertad tupida de los cafetales se expande tras las tapias sucias que bordean el camino en el que las ramas amarillentas de los cocoteros, deshilachadas como las plumas de un pavo real, languidecen entre las señales dejadas por la lluvia en el dintel de yeso negro en



el que las hojas de los bananos, que se han aventurado a través del enredado, simulan brazos trágicos extendidos como una amenaza o una súplica a la caridad del transeúnte. Y de sus prejuicios: “eso es precisamente lo que necesita este país tan maravillosamente dotado por la naturaleza: un buen tirano...”, o “difícilmente perfectible, la raza de Caín se arrastra, sin progresar, por los continentes”

Sin embargo, se advierte un entusiasmo sincero por el paisaje y por la gente, y esto da algo de verdad a la retórica desmesurada. A veces los cuadros son vigorosos y claros y las observaciones reveladoras. Visita a Bogotá, a la que también llama, como Saffray, la Atenas del sur, pero ya sin ironía. Y como aquel, describe los reclutas, ahora en el clima que antecedió a la guerra civil de 1899: “Sus mujeres, sin las que se morirían de hambre, porque el gobierno no les mantiene, esperaban, acurrucadas por los alrededores, la hora de comer. No era la primera vez que veía a esas desgraciadas siguiendo de lejos, retaguardia de miseria, al batallón en marcha de sus maridos o de sus amantes. Me considero incapaz de expresar el estremecimiento que a su paso me sacudía. Pobres bestias de carga, admirables, que llevan sobre sus sufridas espaldas las miserables ropas, el incompleto menaje, sin contar, además, cabeza abajo, coronando la carga, el rorro que vino al mundo en la cuneta del camino; y así siguen con constancia, ayudando, abasteciendo, animando con su alegría y su sacrificio la fatiga y el desamparo de la jornada, dando, con lo que les queda de juventud, un poco de amor a su compañero, un poco de leche a su hijo”.

Recorre también a Antioquia. Su peón motiva casi un canto épico. Mientras que a Saffray la mazamorra le parecía un plato digno de figurar en la mesa “de más lujo”, d’Espagnat no resiste la dieta: “Resulta divertido ver cómo sus frugales habitantes se contentan con grandes raciones de plátano, de maíz, de arroz al natural, como se hartan de arepas y de pan-dequeso, y luego exclaman en tono

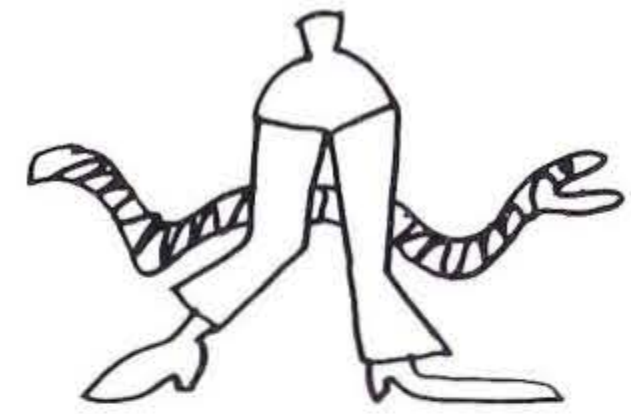
convencido: ¡A esto sí que se llama comer! Es evidente que para ellos una perdiz trufada no tendría aliante de ningún género. “¿Me atrevería a confesar que experimento la necesidad de volver a Francia para poder almorzar y comer?”. La gente de Medellín contrasta con la de Bogotá: “Los ciudadanos de la capital tienen una parte mayor de herencia latina, son alegres, amables y disertados, mientras que los burgueses de Medellín tienen un espíritu más áspero, más yanqui, tienen algo de positivo, de cruelmente práctico”. La descripción de las mujeres antioqueñas no podía haber sido más estereotipada, mientras que resalta la alusión a la puñalada traperera; “cuando se ve de lejos una mano baja, en guardia, envuelta en un pañuelo, hay que decirse: cuidado con la barbera”.

De la edición francesa de este libro se publicó una traducción en España, la cual fue reproducida en Bogotá, en la Colección de Cultura Popular, en 1942.

Como se advierte, los tres textos se tradujeron en España, y esto crea a veces algunas confusiones. La pita, fique o cabuya, en su paso al francés y su regreso al español, se vuelve el áloe, penca completamente diferente; los aguacates, tras ser *avocats*, se convierten en *abolados*. La nueva edición es una reimpresión fotográfica de las ediciones bogotanas de los cuarenta, menos el de Le Moyne, que copia la de 1969. Se pierden así —como las perdieron ellas— las ilustraciones, en particular las que acompañaron el libro de Saffray. El libro de d’Espagnat suprime el prólogo de la edición colombiana (¿de Carlos Rodríguez Maldonado?), aunque lo deja figurando en el índice.

Estas nuevas ediciones son bastante imperfectas, estética y técnicamente. Sin embargo, llenan su función en forma adecuada; poner al alcance del público lector, que es sobre todo el de los estudiantes universitarios, unos textos que ya era imposible conseguir.

JORGE O. MELO



## Entre bostezos y aplausos

Crónica del VII Festival Internacional de Teatro de Manizales

En una esquina desolada de la plaza de Bolívar, un gamín rescataba de entre la basura los innumerables tarros de cerveza y botellas de aguardiente dejados por la última rumba. Del clásico bar de tangos Los Faroles, salían dos desmadejados personajes que durante la semana habían interpretado el papel de críticos y que a estas horas no eran más que dos de los cientos que se habían quedado bebiendo hasta ver el amanecer. Un taxi cruzaba lento la bruma de la madrugada con dos ojerosos periodistas cargados de papeles que iban rumbo al aeropuerto La Nubia a tomar el primero de los doce vuelos adicionales despachados por Aces el domingo 31 de agosto, día en que finalizó el VII Festival Internacional de Teatro en Manizales. A juzgar por los desechos que se observaban en la ciudad esa mañana, el arzobispo, monseñor José Jesús Pimiento, tenía razón cuando dos semanas antes había censurado al festival por ser escenario del diablo. Aunque lo sucedido en la calle durante la semana acusaba más a Lucifer, el jefe de los ángeles rebeldes, de ser el anfitrión.

Pero no puede decirse lo mismo del teatro Los Fundadores, sede de la muestra oficial, donde el anfitrión casi todas las noches, la verdad sea dicha, fue Morfeo.

*Bostezos desde 300 pesos*

Lo más llamativo de la muestra oficial del festival de teatro no consiguió ser, pese a su excelencia, el montaje espectacular del grupo bra-